

Edgardo Garrido Merino: "María de los Angeles"

Pocos sentimientos con más sustitutos que el amor. Con este nombre, ya sospechoso, suelen designarse reacciones tan transitorias como el capricho, el interés o el deseo. Sin embargo, y bien mirada, tanta falsificación no constituye defecto. Es humano que así sea, que la gran mayoría de la especie se conforme y hasta sea feliz con los espejismos, porque, en rigor, sólo una minoría muy escasa está capacitada y predestinada para sentir el amor auténtico, ése que cuya naturaleza pareciera sobrenatural. Ortega y Gasset, sobre este tema, ha apuntado "Enamorarse es un talento maravilloso que sólo algunas personas poseen. No se enamora cualquiera ni de cualquiera se enamora el capaz."

Incantables libros se han escrito sobre el amor, la mayoría desafortunados, porque obviamente, además de ser un elemento escaso, cuesta sobremedida transferirlo al papel sin menoscabo de su natural majestad. Ahora, Edgardo Garrido Merino, escritor de valiosa trayectoria, ha aventurado un volumen sobre este tema. Se titula "María de los Angeles", está editado por Nascimento, y luce una portada de otra época, pero bellísima, gracias al minucioso arte de Luis Meléndez. Este libro, que a la par es de viajes, tiene de punto de partida y de llegada un nombre femenino, o su recuerdo tenaz. El sujeto es una mujer concreta, nacida en España, no un sueño, aunque a menudo lo parece, cuyas prendas han dejado honda huella en el autor. Se la divisa hermosa, delicada, espiritual. Su muerte, él la consigna así, con justo lenguaje de escritor: "Un día, hecho de dolor y de sombra, el toque de queda penetró en mi pecho. ¿Fue la voluntad de Dios, la que alzó el puente levadizo, abriendo un foso obscuro bajo mis plantas? Tú saliste a la llanura del infi-

nito para unir tu vuelo al vuelo de los Angeles, y yo he quedado solo como un vigia ciego al pie de la ciudadela del Recuerdo" (pág. 35).

La presencia de María de los Angeles está viva en estas páginas y cuando por intervalos desaparece, para dar paso a la descripción de lugares, su recuerdo gravita como otra **sombra inquieta**. El autor para no pecar de exclusivista y redundar en la monotonía, a veces desvía la mirada y anota las particularidades de numerosos pueblos, personajes y sucesos históricos, con lo cual amplía y da mayor variedad al panorama a la vista. Uno de los pasajes más significativos vividos en común con ella ocurre en Santiago, un 31 de diciembre. Esa noche ambos salen a encontrar el Año Nuevo en la calle y al estruendo de las campanas, sirenas y pitos se abrazan. Ella en esos momentos le dice: "Todos se abrazan buscando un pecho amigo, una emoción de vida; cariño o amistad pueden justificar estos abrazos. En nosotros es distinto. Podemos abrazarnos siempre como todos los mortales, pero esta noche última del año nuestra finalidad debe ser otra. Si tú me abrazas, abrazas en mí a España y si yo te abrazo, abrazo en ti a Chile. Es un minuto puente entre dos patrias y dos amores" (pág. 105).

Este libro en sus 184 páginas rescata la imagen de una mujer ya muerta y asegura su pervivencia más allá de la memoria personal del autor, quien ahora, lejos de ella, confiesa: "De día muero entre los vivos y de noche vivo entre los muertos". Emocionado hombre **post mortem** de un artista perteneciente a una noble estirpe, cada día más escasa de hombres que tienen el corazón no solamente para comandar la circulación de la sangre. Otros, con mayores bienes terrenales, ordenan altos mausoleos para

perpetuar el recuerdo de sus muertos. El escritor, cuyo reino rara vez pertenece a este mundo, lo hace con el aliento de su palabra, el único medio, por lo demás, como lo enseñan las Escrituras, capaz del milagro de la resurrección.

Es posible que la muerte de la esposa, por hondo que fuera el duelo que dejara, en otro autor sólo diera base para un manuscrito privado. Edgardo Garrido Merino supera sobradamente esa limitación con el prodigio de su estilo depurado y sugerente. Que escribe bien, se nota en cualquiera página abierta al azar. He aquí, de muestra, una descripción marina: "El mar nos atrajo siempre. No el mar de verano, de playas risueñas y toldos encendidos de sol, sino el mar ancho y profundo, alejado de la costa como en violento desprecio por las miserias de la tierra. Un mar de peces grandes, de misteriosa flora, de bancos de coral y sirenas dormidas. El mar que da zarpazos como las fieras cuando aman, y no aquél que se humilla lamiendo las arenas como un can domesticado" (pág. 109).

Edgardo Garrido Merino, a esta altura de su vida, puede mirar hacia atrás con satisfacción y legítimo orgullo de escritor. Su obra, escrita con caracteres clásicos, no la borran el sol ni las lluvias de las estaciones en su eterno rotar. "El Hombre en la Montaña", premiada aquí y en el extranjero, es acaso la novela chilena que exhibe el mejor castellano, mérito también presente en sus otros libros titulados "El Barco Inmóvil", "La Saeta en el Cielo" y "Perfil de Chile". Ahora, con la publicación de "María de los Angeles", el autor vuelve a ofrecer un contenido palpitante de vida en un envase de lujo, esto es, en un modelo de buen decir.